

A pesar de la multitud que nos comprimía, yo no me sentía nada seguro.

-Es imposible pasar por ningún lado, Olga. ¿Adónde me llevas ahora?

Lo preguntaba porque no era nada fácil avanzar unos metros por la calle Valencia y porque conocía mi mala suerte. Sí, podía parecer más que improbable que, en medio de aquella aglomeración que no nos dejaba mover ni un pie y que chillaba agitando pancartas y banderas sin tregua, me fuera a encontrar con los de casa. Pero cosas más extrañas me han ocurrido. Y sé muy bien que si algo que no debe pasar puede pasar, a mí me pasa.

La demostración de esta teoría que algunos creerán pesimista es que, a pesar de la gran manifestación y de la protesta mundial, la guerra se produjo.

Sin embargo, aquel sábado quince de febrero tuve bastante suerte. Arrastrados por la riada humana hasta el paseo de Gracia -ien mi vida había visto junta tanta gente!- se nos hizo de noche, estrujados y avanzando a paso de tortuga. Pero, afortunadamente, sin cruzarnos con nadie conocido.

Suspiré aliviado cuando Olga, viendo que se hacía tarde y que no teníamos ninguna posibilidad de llegar hasta el final de la manifestación para oír la lectura de la proclama contra la guerra, dijo que más valía que nos desviáramos hacia la estación para tomar el tren.

Se la veía contenta cuando volvíamos, rodeados de gente que venía del mismo sitio que nosotros, comentando el éxito de la convocatoria con un optimismo que yo no compartía. De hecho, yo nunca he compartido ningún optimismo...

Si estaba en aquel tren y venía de donde venía, era por Olga, claro. Ella me había llevado allí.

Yo no quería ni pensar qué pasaría si mis padres llegaban a saber que había abandonado a mis amigos para gastar toda una larga tarde de sábado asistiendo a una de aquellas manifestaciones que ellos no se perdían por nada del mundo. Habíamos discutido tantas veces por culpa de mi «pasotismo» -según mi madre-, «inconsciencia» -según mi padre-, que aquello hubiera sido admitir que tenían razón.

Cuando me lo propuso -«Vendrás, ¿no, Arnau?»-, yo me lo tomé como una broma. Y nunca creí que aceptaría la condición que se me ocurrió plantear. Pero, sorprendentemente, al decirle que solo la acompañaría si íbamos ella y yo, sin nadie más, hizo una mueca extraña y contestó que sí. Yo pensaba que ya tenía planes para ir con su grupito de *kumbayas* de siempre, y el hecho de que accediera a mi propuesta me llenó de orgullo y de esperanza. Y a su peña de incondicionales debió de caerles como un tiro que les plantara. ¡Hacía meses que la perseguía y no encontraba la manera de conseguir que se despegara de sus inseparables Alicia, Oriol y el resto del rebaño de *hippies*!

Mi trabajo me costó también lograr que David, Eduardo y Carlos entendieran que aquel sábado no me verían por la Zona.

-He quedado con Olga... -fue todo lo que me atreví a explicarles.

Parece que las familias de mis amigos no son tan «reivindicativas» como la mía -ino saben lo que se ahorran!-, y puede que ni siquiera supieran que había una

*macromegamani* aquella tarde. El caso es que, al enterarse, se limitaron a hacer la bromita que ya me esperaba y yo les seguí la corriente para ahorrarme detalles que dieran pie a más cachondeo.

Recordaba estas cosas en el tren que nos llevaba a casa, rodeado de los eufóricos de las banderas que se sonreían unos a otros como si fueran cómplices de vete a saber qué heroicidad.

Y miraba a Olga, que también sonreía.

Hacía un rato que no hablábamos, y yo empezaba a maquinarme cómo podría montármelo para quedar al día siguiente. Ya que ella era tan previsora, pensaba que la excusa de estudiar Filosofía para el examen del martes sería una maniobra perfecta. La idea de encerrarme un domingo a estudiar era *heavy*, pero no pensaba que se tratase de estar todo el rato con las narices pegadas a los libros. Sí, se lo diría tan pronto como bajásemos del tren, antes de subirnos en la moto para acompañarla a su casa.

-¿Qué vas a hacer mañana por la tarde, Arnau?

La pregunta me dejó fuera de combate. ¿Aquella chica era adivina o qué?

-No sé... -y despertando de mi aturdimiento inicial pregunté animado-. ¿Tienes alguna propuesta interesante?

-Sí. Te lo decía por si quieres acompañarme a hacer un pequeño trabajo...

-Quieres estudiar Filosofía para el martes, ¿no?

Por un momento, creí que volvía a tenerla en mi terreno. Pero no.

-Sí, pero... Bueno, quiero decir después, a media tarde, hacia las seis. Es que tengo que cumplir un encargo para la Asociación, ¿sabes? Y he pensado que quizá te gustaría saber qué hacemos, conocer el servicio...

¿De qué me estaba hablando? Debí de poner cara de sorpresa, porque en seguida me clavó una especie de mitin sobre un grupo estafalario de jóvenes que, un par de veces por semana, se dedicaban a visitar abuelitos que vivían solos.

-... les ayudamos a ordenar su casa, vemos si tienen todo lo necesario... Pero sobre todo, de lo que se trata es de acompañarles, de darles conversación para que no se sientan solos y, si hace falta, de hacer algunos encargos que a ellos les cueste llevar a cabo: salir a comprarles algo, asistirlos en alguna gestión complicada, pasear con ellos un ratito... Es bastante distraído e interesante.

¡Esa sí que era buena! ¡Se trataba de hacer de «canguro» de abuelitos! No pude evitar una mueca y un balbuceo de perplejidad.

-Pero... pero... ¿y la Filosofía?

Como intento de disimular lo que en realidad pensaba, aquello resultó un fracaso. Decidí hablar claro:

-Olga, ¡que mañana es domingo!

-¡Venga, hombre! Hay tiempo para todo... Además, me he comprometido a ir y... me gustaría mucho que me acompañaras. Puede que hasta te guste colaborar con nosotros...

¡Horror de los horrores! ¿Qué podía responderle? Nada que no diera al traste con la tarde reivindicativa que acabábamos de pasar. Pero no parecía que ella tuviera conciencia alguna de estarme destrozando la moral, porque seguía con su discurso:

-Piensa que la Asociación de Servicio a la Tercera Edad no pide mucho: un par de horas, dos o tres a la semana, las que puedas, el tiempo que tú dispongas. Y créeme, ¡no te imaginas hasta qué punto compensa ese poco tiempo!

Atrapado. Me sentía atrapado e idiota. ¿Quién me mandaba a mí encapricharme precisamente de aquella *hippie* mitinera?

Mientras ella, charlando sin parar, me cantaba las excelencias de la labor social, yo la miraba y pensaba que era preciosa -«lástima de ojazos que se fijan en lo que no se deben fijar»-, que tenía una piel dulce y un cuerpo que no se merecía el trato que le estaba dando. Y también me maldecía mí mismo al pensar que David, Carlos y Eduardo debían de estar causando estragos con las chavalas de la Zona, y en cuántas de ellas darían lo que no tienen por pasar un buen rato conmigo. Pero estaba atrapado por aquella especie de misionera espectacular que me había hipnotizado desde el curso anterior, y notaba que mi cabeza se movía arriba y abajo, diciendo que sí como un robot a todo lo que ella decía, sin ni siquiera oírla.

-¡Que bien! ¡No sabes lo contenta que estoy, Arnau!

El beso de alegría que acababa de plantarme en la mejilla me despertó del estado catatónico: ¡Había interpretado mi silencio aquiescente como una aceptación!

¡Ahora sí que estaba atrapado!

Miré las pegatinas contra la guerra que Olga me había pegado en la cazadora durante la manifestación, porque era una manera de bajar la cabeza sin que se notara demasiado mi desesperación. Después de suspirar un par de veces para recuperar la calma, si era posible que aún conservara algo de calma en algún rincón de mi cerebro, me atreví a articular una pregunta:

-¿A qué hora quieres que nos veamos?

Y entonces, quizá consciente del esfuerzo que yo estaba haciendo por ella -tal vez no fuera por ella, no; puede que tan solo me hubiera vuelto estúpido y perdido la razón definitivamente-, puso sus manos sobre mis mejillas, me miró un instante a los ojos en silencio, sonrió y me acabó de desarmar.

-¡Eres un tío fabuloso, Arnau!

Tocado y hundido. En aquellos momentos, viéndola dirigirse al portal de su casa, tuve el pleno convencimiento de que aquella chica me dominaba sin que yo pudiera resistirme.

Lo que aún no sabía era hasta qué punto llegarían a cambiar las cosas a partir de aquel sábado de febrero, el de la manifestación contra la guerra.